



Los templos de Syrinx

Miguel Ángel Cabo

 Ediciones-Babylon

ADVERTENCIA

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Este relato está inspirado en *2112*, ópera rock del grupo musical Rush, y su título corresponde al segundo tema de la cara A del disco original, *The Temples Of Syrinx*, ©1976, Neil Peart, Geddy Lee y Alex Lifeson (Mercury Records).

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2011, Los templos de Syrinx

©2009, Miguel Ángel Cabo

©2011, Ilustración de portada e ilustraciones interiores: Marta Nael (modelos de referencia de Marcus J.Ranum).

Colección Distopía nº 2

Ediciones Babylon

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail: publicaciones@edicionesbabylon.es

<http://www.edicionesbabylon.es/>

Este libro electrónico es una muestra gratuita de la obra original. Prohibida su venta o alquiler. Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

A mi hermano, a la música y a Rush

I. Megadón y las Lunas Gemelas



Mi cama era de lo más incómoda, pero supongo que eso ya no me importaba tras haber pasado toda mi vida durmiendo en ella. Yacía despierto sobre el colchón, boca arriba, imaginándome lo que habría al otro lado de la ventana. La desolación de Megadón, el lugar donde vivía.

Cada vez que posaba los ojos en la ciudad, sentía dolor. Dolor y tristeza ante lo que habíamos hecho. Los edificios y el cielo se fusionaban de forma apenas perceptible, creando la imagen de una planicie, gris y mortecina, por la que bien hubiera podido caminar un lobo estepario. Veía cómo las dos lunas, pálidas como la Parca, trazaban un camino rutinario a través del metálico cielo. Todos los días el mismo trayecto, sin excepción.

Y, sin embargo, por aquel entonces eso no me deprimía. Había pasado toda mi vida en aquel lugar remoto, perdido en Dios sabe qué planeta, y ya no notaba lo opresivo que podía llegar a ser.

Los habitantes de los planetas dominados por la Federación Solar habían disfrutado de una larga paz desde el año 2088, cuando todo el universo conocido se había unido finalmente bajo la gran estrella roja que simbolizaba y representaba la nación. No había guerras civiles porque, de algún modo, el Gobierno había logrado que todos compartiéramos ideales. Éramos felices y compartíamos las mismas opiniones en un mundo perfecto, tranquilo y pacífico.

Mi casa era, supongo, como las de los demás ciudadanos: pintada en tonos de gris bastante neutros (ni claros ni oscuros), dotada de una cocina pequeña, un salón que servía como centro de la vivienda y desde donde se llegaba a todas las salas, un cuarto de baño y una minúscula habitación donde a duras penas cabía mi cama, mi mesita de noche y un trozo de pared para poner la ventana. Ahora me pregunto por qué teníamos ventanas, si siempre se veía lo mismo: un lugar gris, totalmente gris, en el que destacaba la silueta del templo.

El templo era lo único que escapaba a la rutina de la ciudad, pues era único dentro de ella. No obstante, no escapaba a la rutina de la Federación, pues en toda ciudad debía haber uno. Un templo de Syrinx, como ellos lo llamaban. Estaban consagrados a nuestro Dios. Desde allí, y con mano

férrea pero supuestamente amable, los sacerdotes dominaban todo arte o atisbo de creatividad en la Federación. «Vive. Nosotros pensamos por ti», rezaban las placas a la entrada de los templos.

Hablar sobre mi vida hasta entonces sería algo un tanto en balde, pues era igual que la de los obedientes trabajadores de mi ciudad. Vivían por y para ser útiles al Gobierno. Yo, en concreto, me encargaba de escribir pequeños cuentos para que, siempre con la aprobación del Consejo de sacerdotes, los leyeran los niños. He de admitir que no demasiada gente tenía esta ocupación, pues en mi puesto apenas éramos cuatro o cinco por templo, y que quizá por ello me viera desde un principio impulsado hacia los ideales de los esteparios.

Los esteparios eran un grupo de «rebeldes» que vivían en tribus, muy alejadas de la ciudad. Leían libros de las antiguas épocas del ser humano y hacían su propio arte, pues no estaban de acuerdo con la implacable censura gubernamental. Normalmente se los llamaba esteparios, aunque su nombre completo era, supuestamente, lobos esteparios. Los pocos que aparecían en público decían llamarse así por una novela del siglo XX¹, la cual había sido el germen que engendró su tribu.

Aunque pudieran parecer una amenaza para la igualitaria y monótona existencia en la Federación, el Gobierno había preferido usar a los lobos esteparios como contrapunto para mantenernos «en el redil». De esta forma, la gente los veía con repulsión, como algo negativo que debían evitar a toda costa. Para nosotros, los ciudadanos, los lobos eran un cáncer, un tumor horrible e inextirpable que crecía cerca de nuestros hijos y que podría contaminarlos. Gracias a esto, los ciudadanos teníamos una amenaza que nos hacía agruparnos más, y el Gobierno tenía algo por lo que colgarse medallas.

Así es. No era extraño ver en el periódico cómo se relataba, con gran lujo de detalles, cómo una revuelta de esteparios cercana a la ciudad había sido reprimida a golpe de porra (estoy seguro de que no los mataban por el hecho de que no se pudieran encontrar armas mortales en ninguna ciudad).

En el exterior, las calles estaban tan limpias que se podría comer en el suelo directamente. Cada hora, una patrulla de limpieza perfectamente coordinada con las demás limpiaba la que le tocaba. Resultaba habitual ver a los limpiadores, con cara de genial humor al ser útiles al Gobierno, esterilizando las calles con un mimo pasmoso. Casi tanto como el que ponían los escultores al servicio del templo en sus obras, perfectamente

¹ *El Lobo Estepario*, de Hermann Hesse. 1928

adaptadas para todos los públicos (o, al menos, según criterio de los sacerdotes).

De camino al trabajo, solía hablar con John², mi amigo. O eso se suponía que éramos, aunque no tiene mucho sentido hablar de amistad en este mundo. Simplemente nos encontrábamos, charlábamos y caminábamos juntos al trabajo. Luego, cada uno se olvidaba del otro. No existíamos en la vida del otro más que durante los cortos minutos que compartíamos caminando. Puede parecer extraño, pero las relaciones eran siempre así, al menos en Megadón. Nunca se veía una muestra de afecto entre dos personas, y era imposible saber si una pareja era pareja en realidad.

Al margen de todo, en el cielo, estaban las Lunas Gemelas. Era yo quien había labrado su nombre, pues en los cuentos infantiles que escribía para los sacerdotes, siempre las nombraba así. A menudo, mis personajes viajaban hasta ellas, hallándolas con una belleza sin igual (siempre dentro del organizado concepto de belleza que sostenía el Gobierno).

Recuerdo una de las historias que escribí, en la que un niño astronauta viajaba hasta la Luna Gemela más grande. En ella, el niño encontraba un edificio cuadrado y perfecto, que se elevaba recto e ideal hacia un cielo igual de uniforme que el que cubría a Megadón.

Maravillado, el niño se adentraba ceremoniosamente dentro del cúbico templo, hallando en él una simetría maravillosa, así como diversas figuras y unos extraños seres, que eran los fobianos. Los fobianos enseñaban al niño toda su civilización, basada en la exactitud y la belleza simétrica.

Hacia el final del cuento, el niño se dignaba a hablar con ellos.

—¿No os divertís? —les preguntaba.

—Claro que nos divertimos —recibía como respuesta—. Adoramos la simplicidad de la simetría y vivimos por y para ella. Ella nos divierte y nos protege. No necesitamos más.

Los sacerdotes estuvieron a punto de censurar ese final, pues creían que era una sátira, pero pude convencerlos de que no lo era. Ahora mismo, no creo que pudiera convencerme ni siquiera a mí mismo de eso, pues he llegado a odiar con verdadera pasión todo lo referente a los templos de Syrinx.

² John (Jon) es un nombre mencionado en un párrafo introductorio al disco *2112*, de Rush, que inspira esta obra

II. El templo de Syrinx



Aún recuerdo cómo era el templo, de tanto tiempo que pasaba allí. Desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, escribiendo. En mis descansos para comer, ir al baño, etc., llegué a conocer como casi nadie la estructura del templo de Megadón. Sus laberínticos pasillos, siempre iguales y monótonos, se sucedían uno tras otro, dando lugar a un montón de puertas rotuladas exactamente iguales, solo diferenciadas por lo que ponía en ellas: Departamento de música, Departamento de cine, Departamento de literatura, servicio... Incluso los baños eran monótonos; todos grises, con ciertos tonos de blanco hallados en los retretes y en los bidés.

Y cabría esperar que se diferenciaran un poco al cambiar de piso, pero no era así. La planta baja era la única que se distinguía de las demás, pues había un gran recibidor según cruzabas las puertas de cristal. Al fondo de este, un largo escritorio, cubierto de recepcionistas, era todo lo que se alzaba del suelo. Colgada justo detrás de dicho recibidor, en la pared, se podía ver la gran estrella roja, símbolo de la Federación.

Nunca había muchas anécdotas en los templos. Eran lugares de trabajo y nada más. Salíamos de la rutina si había algún accidente en las máquinas de prensa o algún fallo técnico en la puntera tecnología que lo cubría todo. Y, aun así, en aquellos momentos no escapábamos de nuestro puesto con una exaltación increíble, como la del niño que sale del colegio y tiene unos minutos para dejar volar su imaginación mientras llega su madre a recogerlo, no... Nosotros salíamos de la rutina con temor, desamparados. Habíamos llegado a necesitar la rutina hasta el punto de añorarla como a una amada.

Una vez, uno de los trabajadores tropezó y cayó por el hueco de la escalera. Recuerdo que no llegué a sentir nada. No sentía miedo por la posibilidad de que me pasara a mí lo mismo, ni tampoco sentía pena por el pobre diablo que se había matado al caer de cabeza. Estaba totalmente vacío. Desde luego, eso tampoco me importó en aquel entonces. Era uno más de la cadena de montaje, aunque mi trabajo pareciera creativo. Por decirlo de alguna forma, yo estaba, pero no existía. Y de hecho, yo no era nadie excepcional. A todos nos pasaba eso.

Nadie tenía alma.

Sin embargo, en lo más hondo de mí vivía un ser con alma. Un ser creativo que, por las noches, se volvía casi más palpable que cualquier otra cosa.

Cuando me sentaba, al fin solo, en la cama, y observaba de nuevo a través de la ventana el grandioso paisaje gris que me rodeaba, salía de mi interior el alma de un hombre, oxidada y polvorienta por el poco uso. Casi la podía sentir delante de mí, mirándome suplicante, pidiendo que la dejara salir.

Escribí en esos momentos de mis días muchos poemas que, con verso torpe, me dictaba mi pobre alma. Todos versaban sobre la libertad, sobre el genio, o incluso sobre el amor...

Aún se asoman las lágrimas, frías y dolorosas, a mis ojos cuando recuerdo aquellos instantes.

III. Más allá de la rutina



Y al fin, inexorablemente, pasó: mi alma creativa, aquella que me hablaba y me susurraba poemas todas las noches, se reveló. Se expandió y comenzó a ocupar todo mi ser. En el rutinario trabajo comencé a cometer errores, y los sacerdotes prohibieron varios de mis cuentos infantiles por ser «inmorales» y por ir «contra la ideología del Gobierno».

Por las noches, lloraba. Lloraba por la opresión y la infelicidad que me causaba el vivir en aquel lugar gris y estéril. En aquel sitio en el que todo se volvía mecánico, en el que incluso las emociones eran algo tan rutinario que pasaban desapercibidas. Aquel lugar en el que, día tras día, sabías lo que tenía que pasar en todo momento, se me tornó un inaguantable infierno.

Todos me miraban por la calle mientras paseaba, por ser el único que tenía una expresión en su cara. Ellos no mostraban sorpresa, no podían, pero poco a poco me iban viendo como a uno de los lobos esteparios (y huelga decir que, cada día, yo me identificaba más con ellos). Siempre iba de aquí para allá por los callejones pequeños, con mil pensamientos en la cabeza. Mil pensamientos mucho más complejos que los que permitía el Gobierno, y mucho más obscenos de lo que permitirían los sacerdotes.

Dejé de hablar con John, o, más bien, él dejó de hablar conmigo. Me rehuía cuando me veía aparecer por la esquina de su vecindario, y pronto me olvidé de él. Al fin y al cabo, ni siquiera éramos amigos de verdad.

Ante mí se fue descubriendo, poco a poco, un mundo de emociones, sentimientos y pensamientos increíblemente novedosos y transgresores. Comencé a soñar por las noches. Tenía muchos sueños eróticos y solía pensar en el sexo ahora como algo más que un acto rutinario, ideado como técnica para mantener viva a nuestra especie.

Imaginaba que así era como se sentían los lobos esteparios respecto a esta sociedad: hastiados, aburridos y oprimidos, con sus almas destruidas hasta extremos totalmente esperpénticos, ridículos.

¿Por qué no me iba con ellos entonces?, te preguntarás. Supongo que porque no era tan simple. En una sociedad tan rutinaria como aquella, todo movimiento de todo ciudadano era controlado. Y, además, no sabía dónde estaban.

Recuerdo uno de los sueños más impactantes que tuve en aquellos días: me veía a mí mismo, corriendo torpe y lento por una pradera cubierta de nieve. Mi cuerpo humano era inútil y mis piernas estaban fatigadas. Entonces, una manada de lobos, grandes y blancos, de larguísima colmillos y poderosas patas, pasaba corriendo rauda junto a mí.

—¡Esperad! —les gritaba.

Pero ellos no esperaron. Corrían más y más y, por mucho que yo lo intentara, no podía alcanzarlos. Mis piernas, por necesidad, se fueron volviendo patas. Mis manos, garras. Mi boca, hocico. Y así, poco más tarde, estuve listo para lanzarme raudo en pos de mis nuevos amigos.

Sin embargo, ya era demasiado tarde..., y ya sólo podía aullar a las Lunas Gemelas, esperando que el niño astronauta de mi cuento me escuchara, tomara mi consejo y huyera de los fobianos.

Tras este sueño, siempre despertaba sudoroso y asustado. Incapaz de articular palabra con mi boca pastosa y con las piernas entumecidas y doloridas, como si realmente hubiese corrido hasta la extenuación detrás de los grandes lobos.

Únicamente recuerdo haber tenido aquel sueño siete veces. A la séptima, hartado de sólo soñar, me decidí a huir de Megadón. Y así, en plena noche, me levanté livianamente, sin hacer el menor ruido, y salí a la calle con lo poco que llevaba puesto y un pequeño petate con comida.

Pasé muchos minutos corriendo por las calles de la enorme urbe, evitando como buenamente podía a las patrullas de vigilancia. «Se debe dormir y despertar en el mismo momento. Las variaciones en la rutina serán castigadas con la muerte», decía la ley.

No sabía muy bien qué buscaba, pues nunca había salido de la ciudad. Como todas las ciudades de la Federación, era gris del principio hasta el fin. No había ni una sola casa distinta, ni una sola calle que destacara, ni un mísero desconchón en las fachadas.

Como en mi sueño, corría hasta la extenuación, y sentía que me dirigía hacia los lobos blancos. Hacia aquellos amigos silenciosos que, en mi sueño, intentaban mostrarme un camino distinto al de la rutina. Un camino que se alejara enormemente de hacer día tras día exactamente lo mismo. Y, no sabía por qué, tenía el presentimiento de que lo conseguiría, tarde o temprano.

Al fin salí de la ciudad, tras horas de carrera. Las lunas se ocultaban en el horizonte, y el rojo sol que nos presidía durante el día comenzaba a salir y a inundarlo todo con su luz. Lo que me aguardaba fuera de la gris rutina era, simplemente, increíble.

No había nada gris. Rocas blanquecinas, sí, pero el resto eran flores

coloridas y plantas verdes. Oía por aquí y por allá el rumor cantarín de algún pájaro, que saludaba feliz a la mañana. También, más al fondo, oía cómo se movía la maleza entre los árboles, como si algo caminara con pasos cuidadosos pero no pudiera evitar hacer ese ruido que, para mí, sonaba muchísimo mejor que cualquier música aprobada por los sacerdotes.

«Deben de ser los lobos esteparios», pensé.

Y, de pronto, oí el ruido de unas botas de policía detrás de mí. Sin siquiera darme la vuelta, me quedé paralizado por el miedo, evitando huir lejos de allí seguramente por el último y débil hilo que me unía a la rutina y a lo gris. Aquel gris monótono, simple, casi comfortable... Sabía que, si el policía no me mataba, rompería aquel último hilo.

Y sentí, fuerte y seco, el golpe de una porra de madera en mi nuca.

Todo había pasado del gris al negro.

IV. La llamada de las estepas



Volví a las estepas, a aquellas llanuras frías y cubiertas de nieve. No sé por qué, esta vez no tenía prisa. No corría. En lugar de eso, caminaba tranquilo y feliz por ellas. Dejaba que el frío empapara mi piel, que la humedad calara hondo en mis huesos.

Y, mientras tanto, mis pies imprimían huellas tranquilas y sosegadas sobre el puro blanco. Los lobos esteparios caminaban tras de mí, tranquilos y casi felices, mirándome como si fuera uno más de ellos, como si me hubiesen aceptado entre sus filas. Viendo sus caras, me sentía casi como en casa. No como en mi frío apartamento en la zona céntrica de Megadón, ni como cuando estaba sentado en mi metálico escritorio en el templo de Syrinx, no. Me sentía como en un lugar que, sin saberlo, hubiera añorado desde el principio de mis días.

Los lobos y yo llegamos al risco desde donde aullaba a las lunas en mis pesadillas, en las que les perdía de vista. Era un lugar mágico y a la vez peligroso. Una caída de varias decenas de metros precedía a un oscuro mar, que se azotaba con un sonido seco contra las orillas de pura roca. Y en este, las lunas reflejaban su luz con una belleza magnífica.

En aquel paisaje, a diferencia del de la ciudad, el cielo no era absorbido sin piedad por el horizonte inexistente, ni al revés. En este lugar, el horizonte se difuminaba amablemente, dejando que cielo y mar se unieran en una simbiosis perfecta y hermosa. En mi vocabulario nunca existirán palabras para expresarlo. Era algo tan ajeno a mí y, al mismo tiempo, tan familiar y acogedor...

Como leyendo mis pensamientos, los lobos se arremolinaron junto a mí, entre extrañas sonrisas que nada tenían de amenazadoras. Frotaban su pelaje contra mi cuerpo y se acostaban cerca de mis manos.

Y al fin, tan felices como éramos, todos aullamos a las lunas.

V. La prisión



No sé qué fue lo que me despertó, si el dolor punzante de mi nuca maltratada, o el jarro de agua fría que se precipitó sobre mi cara. El caso es que me desperté, confuso, en un lugar gris.

«Gris, de nuevo», pensé, recordando las monótonas calles por las que había huido la noche anterior.

Supuse pronto que me hallaba en prisión, encerrado como una rata por intentar salir de la ciudad. Nadie entraba ni salía si el Gobierno no quería que pasase. Y, realmente, ahora entendía por qué: nadie querría estar dentro de la ciudad si conociera lo que aguardaba fuera. Sin horarios, sin órdenes, sin restricciones... Perfecto y protector. Mientras la claridad se iba adentrando en mis ojos, vislumbé a mi compañero de celda.

Era John.

Los dos nos miramos, incómodos y a la vez intrigados, preguntándonos con la vista el porqué de nuestro confinamiento. Dejábamos al azar como responsable de que nos encerraran juntos.

—¿Q-Qué...? —balbuceé, aún dolorido.

—Hola —dijo él secamente.

—¿Por qué te han encerrado aquí?

—¿Por qué te han encerrado a ti?

—Intenté escapar de la ciudad.

—Qué locura. ¿Por qué hiciste eso?

—Me lo dijeron mis sueños... Ojalá pudieras ver lo que hay allí afuera, John. Es maravilloso. —Ante este comentario, John hizo una mueca. Estaba claro que no le gustaban los sentimentalismos de ese tipo.

—No lo entiendo. ¿Qué buscan tus sueños?

—La libertad. La libertad de pensar como yo quiera.

—Pero aquí ya somos libres. No nos hacen pensar ni nos impiden pensar. No pueden. Podemos pensar y elegimos pensar como piensa el Gobierno. Por eso hay paz y somos felices. La paz es lo que queremos, ¿no?

—Pero John..., ¿de qué sirve la paz si no somos libres? ¿Por qué mantenerla si todos somos iguales?

—He leído que las antiguas civilizaciones comenzaron a buscar la

igualdad en el siglo XX. ¿No era esto lo que querían?

—No. Querían que a todo el mundo se le tratara igual, no que fuésemos todos iguales.

—Pero si no somos iguales..., ¿por qué nos tratarían igual?

Era exasperante... Sólo entonces me daba cuenta de lo limitado que era mi «amigo» John. De lo reprimida que estaba nuestra inteligencia en Megadón. Me entristecía, me enfurecía y me hacía perder la paciencia a partes iguales. «De todas formas», pensé, «yo era así hasta anoche, por lo que no puedo quejarme o sería un hipócrita».

De hecho, yo lo era por el simple hecho de pensar en la hipocresía.

—¿Por qué te encerraron a ti? —dije para evitar el tema, que me estaba poniendo enfermo.

—Dicen que he matado a uno de los escultores del templo —dijo él, inexpresivo como eran todos los megadonianos.

—¿Lo has hecho?

—Sí. Había desobedecido una orden del mismísimo Padre Brown.

—No es razón para matarlo...

—Sí lo es, amigo mío. Todos somos libres, pero debemos hacer lo que se nos ordena si queremos preservar esa libertad. Los hombres necesitamos una luz a la que seguir, y el Padre Brown es el único que nos puede servir de guía en Megadón, pues desciende de una estirpe de jefes y de grandes líderes. Y tú lo sabes.

—Sí, pero estoy seguro de que no es razón suficiente para acatar ciegamente sus órdenes, y mucho menos para matar por velar por su poderío.

John hizo una mueca. Quizás en lo más hondo de su ser, ese patriotismo total y ciego hacia los sacerdotes se estaba tambaleando ligeramente. Quizás ahora sabía que su vida, que nuestra vida, estaba mal. Muy mal.

—Nuestra existencia es vacua e incompleta, John —me aventuré a decir.

Al día siguiente, John había pedido el traslado a otra celda, por lo que jamás lo volví a ver.

Pasé días, noches, semanas y puede que incluso meses, encerrado en aquellas celdas, que más se asemejaban a las jaulas de un zoo que a cualquier instalación propia de un hombre. Era inhumano, y mi cuerpo, mi mente y mi alma añoraban terriblemente la visión de aquellos bosques verdes, llenos de árboles y plantas, de tanta exuberancia y perfección que casi asfixiaba, pero de una forma comfortable.

Lloraba sin parar y mis ojos estaban siempre húmedos. La gente se

horrizaba ante el simple hecho de verme. Reconocía en sus rostros la expresión que ponían cuando lograban ver un lobo estepario.

Y los guardias... Estos eran aún peores. Me miraban con superioridad y me solían dar palizas. Mi cuerpo estaba desfigurado por los golpes que recibía sin cuartel, sin tregua.

Pero al fin, cuando desperté una mañana, aún dolorido por la paliza del día anterior, me encontré algo extraño: mi celda estaba abierta. Vi a un individuo peludo correr pasillo abajo y, al instante, supe que era uno de los lobos. Más cosas aun supe cuando oí sus gritos entre los ataques de los guardias.

No sabía si era de día o de noche, pero corrí con todas mis fuerzas por los pasillos, buscando la salida al exterior para, desde allí, huir de la ciudad.

Me llevó horas que no es necesario relatar, pero, al fin, volví a mi hogar.

Volví al bosque.

VI. *Liberté*



Mirara a donde mirase, ya no había gris. No. Nunca más. Los miles de colores y tonos intensos del bosque me abrazaban y acariciaban mis ojos. Mi vista, cansada y poco acostumbrada a tanta belleza, se emborronaba cada poco tiempo, por lo que pasé varias horas frotándome los ojos, llorosos a cada minuto.

Era difícil caminar para mis pies torpes y acostumbrados a los suelos pulidos de Megadón, pero, aun así, la extenuación que sentía era de lo más agradable. Me sentía feliz, me sentía a punto de explotar de libertad. Sentía como si esta me hinchase y deformara, pero no estropeándome, sino volviéndome más perfecto. Más hermoso.

No sabría decirte cuánto tiempo pasé caminando sin rumbo fijo por el bosque, pues todo era tan nuevo que no miraba cómo pasaban las cosas, a diferencia de lo que hacía en la ciudad.

Recuerdo que pasé por un arroyo. El ver las aguas cristalinas, limpias, corriendo por el lugar como un animal más me volvía loco de euforia. Era increíble. Me precipité a beber aquella extraña pero hermosa agua y noté que sabía mejor de lo que parecía ser (si cabe).

Todo aquello era, simplemente..., increíble. No era una simetría perfecta, ni era exacto, ni era milimétrico... Era salvajemente hermoso. Allí no había restricción alguna para nadie. Ni para ejercer la violencia, ni para no ejercerla. Allí eras libre. Libre de verdad. Pensarás que no se podía aprovechar esa libertad, pero no es así. Se podía, y yo lo hice. Me deshice de mis ropas y caminé desnudo bajo la vista de las Lunas Gemelas, y luego del sol rojo.

Aun así, no todo fue perfecto. Acabé extenuado de tanto caminar, con los pies doloridos. Supongo que me entusiasmé tanto que me creía invulnerable, invencible. Por suerte, pude llegar a un claro. Allí sí que podía ver bien el cielo y, cuando amaneció, me fijé por primera vez en que, en realidad, este no era gris. El cielo se tornaba anaranjado en pleno día y se volvía azul oscuro por las noches. Y era hermoso. No era un cielo que nos vigilaba, como un Dios vengativo, desde las alturas. Era un cielo que nos abrazaba, que nos cubría y nos protegía de todo y todos. Era un cielo bueno. Era como un padre.

—¿Por qué demonios no salís de la ciudad, malditos tarados? —grité, entre risas, hacia donde creía que estaba Megadón.

Como para darle fuerza a mi grito, una bandada de pájaros salió volando hacia el cielo desde cada árbol, quizá asustados, quizá eufóricos y juguetones.

Y allí, desnudo y mirando al cielo, viendo cómo las manchas negras que eran los pájaros se alejaban más y más, fundiéndose con los preciosos tonos naranjas de las alturas, que uno casi quisiera guardar para sí mismo, para verlos cuando quisiera, fue donde recordé a qué había salido al exterior.

Debía encontrar a los lobos esteparios.

Con tal fin me puse en marcha, sin saber muy bien a dónde. Me guiaba por mi intuición, pues ella me había llevado hasta allí en primer lugar. Parecía como si supiera de antemano qué camino debía emprender.

Caminé de nuevo, con fuerzas nuevas, haciendo ruidos sobre la maleza y apoyando mis manos en los ásperos troncos de los árboles, que crecían por doquier. Los animales, ante semejante estruendo, huían despavoridos. Y lo hacían más rápido cuanto más avanzaba... Supongo que porque me tomaban por un estepario.

Mis sospechas se confirmaron cuando empecé a ver esqueletos de animales por el suelo, cada vez más a menudo. Era obvio que eran presas de los lobos.

Llegué al fin, unos minutos después, a una llanura donde había unas tiendas de campaña, aparentemente abandonadas. En el exterior de estas, sobre la hierba, había algunos libros e instrumentos rudimentarios hechos con pieles de animales y cortezas de árbol. Debía de ser la primera vez que veía cultura que no hubiese sido censurada por los regentes del templo, aunque no le di mayor importancia.

No; lo que me preocupaba era que no hubiese nadie. ¿Se habrían escondido para tenderme una emboscada? ¿Habrían huido ante la presencia de un extraño?

De forma cautelosa avancé hacia los libros. Uno de ellos estaba abierto contra el suelo. En su tapa se leía, entre letras desgastadas, el título (o lo que yo creía que era el título): *Historias de demencia*. Le di la vuelta y leí:

«Dejando vagar la vista, caigo en mi profunda ensoñación. Maderas nobles, libros de antiguas ediciones recubiertos de polvo y una chimenea que crepita en el fondo de la habitación.

La niebla londinense se arremolina en torno a las ventanas, y diríase que sus cristales son opacos. No obstante, si te esfuerzas, vislumbrarás a través de ellos un hermoso paisaje salpicado de lluvia.

Salgo de mi ensimismamiento cuando mis ojos se centran en una figura que camina allí abajo, en la calle. La veo a través de las ventanas. Se dirige a mi hogar.

Y en estos momentos no sabría decir si tengo miedo, si estoy contento de tener al fin visita o si estoy resignado a tener que hablar con otro ser humano. Es un pensamiento clasista y *snob*, pero el ser humano es tan inferior...

Oigo la voz de mi mayordomo, que dice que estoy arriba. Pronto, unos pasos resuenan ahogados sobre la gruesa alfombra del pasillo y, de no haberlos esperado, me habrían sobresaltado esos golpecitos en la puerta.

“Adelante”, digo con una voz casi apagada, ahogada por la mezcla de sensaciones que se agolpan en mi interior como una muchedumbre ante un espectáculo propio de la plebe.

En el umbral de la puerta, recién abierta, aparece ella. Es blanca, casi cetrina, y viste corsé negro, impenetrable, que hace que su rostro parezca un perfecto óvalo flotando en oscuridad.

Sus cabellos negros caen como una cascada sobre su precioso pecho y al instante sé quién es y por qué ha venido.

“Llévame al infierno, amada Parca”.»

Me costó varios minutos descifrar la extraña letra y, aún así, me quedé con la sensación de no haberlo entendido del todo, pues debía de ser un libro de muchísimo antes de que yo naciera.

—Ese libro es de hace exactamente un siglo. Se escribió en 2012 — dijo una voz a mi espalda, en tono afable.

Allí estaban, detrás de mí, como una verdadera manada.

Los lobos esteparios.

No te quedes con la intriga y descubre cómo termina esta obra

SÍ GUE NOS



twitter

http://twitter.com/ed_babylon



wiki

<http://wiki.edicionesbabylon.es>



facebook

<http://www.facebook.com/EdicionesBabylon>



Blogger

<http://blog.edicionesbabylon.es/>



deviantART

<http://ediciones-babylon.deviantart.com/>



aNobii

<http://www.anobii.com/edbabylon/books>



www.edicionesbabylon.es